

# 31 de diciembre de 1808. La salida del Numancia

El último día de 1808 los dragones del Numancia destacaron en un ataque frontal a las posiciones francesas que fue presenciado por los zaragozanos y recompensado por Palafox

GUILLERMO FATÁS

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

El segundo Sitio de Zaragoza fue terrible, porque la ciudad estaba ya muy fortificada, artillada y guarnecida y el sitiador lo sabía. Preparó, pues, con cuidado el asedio desde su base en Alagón. El 15 de diciembre de 1808, el mariscal Moncey, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército imperial, recibió el refuerzo del Quinto Cuerpo mandado por su colega Mortier, con las veteranas divisiones de los generales Suchet y Gazan, más una brigada de caballería y unidades de artillería, ingenieros y zapadores. Un dispositivo de casi 50.000 hombres —incluidos 3.500 jinetes— y 132 cañones, a lo que se unía el conocimiento del terreno, pues no faltaban mandos y unidades, como las polacas, que habían combatido en el primer Sitio durante el verano anterior.

Tomado el Monte de Torrero, fortín aislado que los españoles perdieron enseguida, los primeros asaltos contra las fortificaciones de Zaragoza y el Arrabal sirvieron para evaluar su sólido estado. De ahí que los últimos días del año, desde el 23, los invirtiese Moncey en un eficaz programa de ingeniería de trincheras guarecidas para acercarse al enemigo sin sufrir su fuego: una línea de zanjas paralelas en dirección a Santa Engracia; otra, hacia San José, y la tercera, encaminada al potente Castillo —la Aljafería— contra el que se pensaba lanzar un ataque de distracción. Palafox siguió la actuación del enemigo, procurando estorbarla con cañoneos —uno muy certero mató en Torrero a un coro-

nel y siete oficiales franceses que estaban con Moncey, quien decidió retirar de allí su cuartel general— y averiguar con rápidas salidas los detalles del plan.

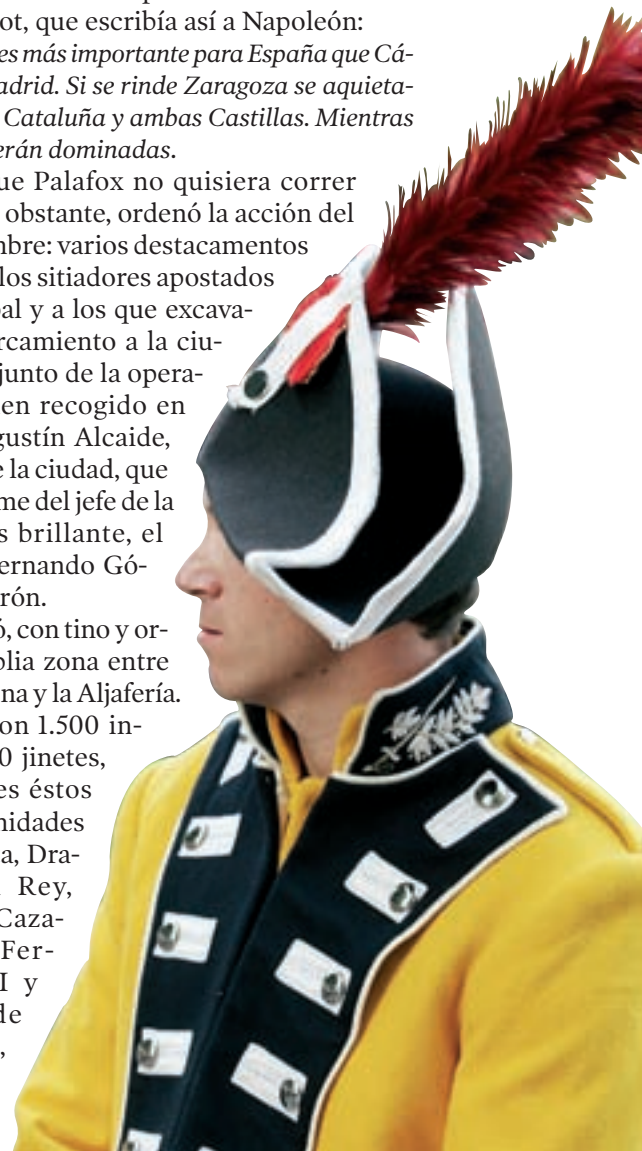
Contra el consejo de sus generales, el jefe aragonés se negó a atacar en masa la retaguardia francesa, ocupada en reparar el Canal Imperial para usarlo como vía de transporte y mantener la logística entre Tudela, Alagón y Zaragoza, inacción que luego le fue muy reprochada.

El día 29, Moncey, con parte de sus efectivos, dejó el asedio y fue relevado por Junot. Si en Zaragoza la mucha tropa padecía hacinamiento, falta de alimentos frescos y un gélido cierzo con lluvia que pusieron a 6.000 hombres de baja, los daños entre los sitiadores no fueron menores: sin sal y con poca carne, cundió entre ellos el tifus y los testimonios franceses y polacos acreditan la inclemencia de aquellos días crueles. Palafox probablemente pensaba como el recién llegado Junot, que escribía así a Napoleón:

*Zaragoza es más importante para España que Cádiz y que Madrid. Si se rinde Zaragoza se aquietarán Aragón, Cataluña y ambas Castillas. Mientras resista, no serán dominadas.*

De ahí que Palafox no quisiera correr riesgos. No obstante, ordenó la acción del 31 de diciembre: varios destacamentos atacarían a los sitiadores apostados en el Arrabal y a los que excavaban su acercamiento a la ciudad. El conjunto de la operación fue bien recogido en 1831 por Agustín Alcaide, defensor de la ciudad, que usó el informe del jefe de la acción más brillante, el brigadier Fernando Gómez de Butrón.

Éste atacó, con tino y orden, la amplia zona entre la Bernardona y la Aljafería. Combatieron 1.500 infantes y 300 jinetes, procedentes éstos de varias unidades —Fuensanta, Dragones del Rey, Olivenza, Cazadores de Fernando VII y Húsares de Aragón—, entre los que formaban 89





Dragones del Numancia escoltando a los reyes Alfonso y Victoria en Barcelona, en 1923.

dragones del Numancia, mandados por el capitán José Múzquiz. Los dragones, entrenados para luchar a pie y a caballo, lo hicieron esta vez montados, saliendo por la Puerta de Sancho para cargar, hasta más allá de la Aljafería, contra los enemigos que acudían a frenar a la infantería española.

Los imperiales llevaron la peor parte. El contingente español censó nueve muertos —uno, del Numancia— y 85 heridos, incluidos seis de ese regimiento. Por suerte para los anales, se conserva el manuscrito que redactó al día siguiente Múzquiz para informar a Butrón. En su informe, ponderó la bravura de su gente que, sin saber bien con qué iba a encontrarse, y *no obstante el fuego y bayonetas con que se resistieron los enemigos, no dejó a ninguno que pudiese contar el hecho.*

Contento por haber procurado llenar mis deberes, subrayó la actuación de cinco subordinados: los tenientes Felipe Luengo y José Alipi, el portaguión Bartolomé Garrido y el dragón Gerónimo Fernández, de la Quinta Compañía, quien fue el primero en pasar la zanja donde se guarecía el enemigo. Y, sobre todo, elogió a José de Cova, alférez cuyo caballo cayó muerto a bayonetazos, siendo Cova tan sereno que, bajo el fuego, lo despojó de sus arreos, se los dio a un dragón, montó en el caballo de éste y continuó en la acción, lo que Múzquiz desea se diga al general Palafox.

El arrojo de estos soldados fue visto por cientos de zaragozanos, expectantes sobre las forti-

ficaciones, que los recibieron con vítores en su ordenado regreso a la ciudad. Palafox publicó al día siguiente, el 1 de enero de 1809, una encendida proclama con mención al Numancia y concesión a todos los combatientes de una cinta roja distintiva de su valentía.

Según escribió cien años después José Valenzuela, el culto director de *Heraldo de Aragón*, la acción *no pasó de ser una escaramuza afortunada, pues no se logró romper la línea enemiga y los nuestros, una vez probado su arrojo, tuvieron que replegarse.* Pero no es menos verdad que aquel día los zaragozanos se sintieron muy reconfortados por el combate, según narra Faustino Casamayor, que tomaba nota diaria de cuanto ocurría en la Zaragoza asediada:

*La ciudad se llenó de alegría al ver la bizarría y denuedo de nuestra tropa y se enardeció nuevamente en favor de la justa causa, teniendo la satisfacción de haber finalizado el año con una acción tan gloriosa.*

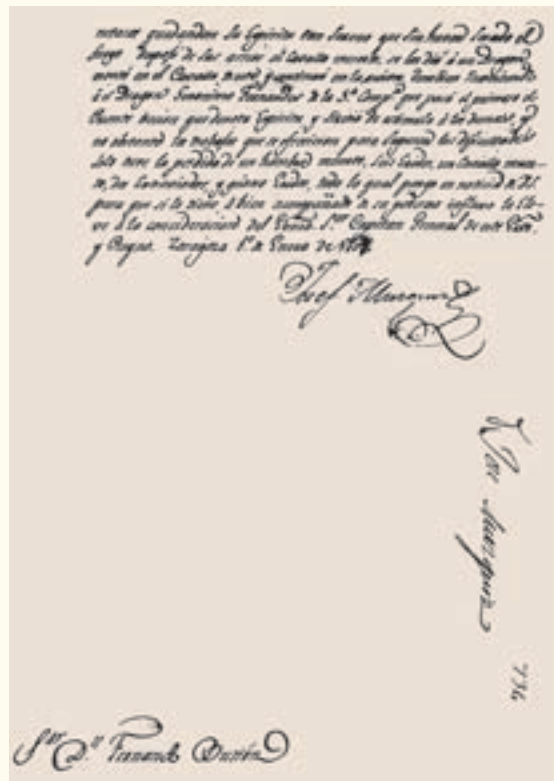
Mantener altos la esperanza y el espíritu de resistencia fue en todo tiempo objetivo principal de Palafox y de sus consejeros íntimos —entre ellos, el escolapio Basilio Boggiero—, sabedores de que la moral puede decidir un combate. Cincuenta días después —el 20 de febrero—, Zaragoza sería ocupada por un enemigo espantado del coste de su victoria. Pero el año comenzó con este buen augurio, gracias a la bizarría de aquellas unidades que, con el contingente de dragones de Numancia, lucharon el 31 de diciembre en las afueras de Zaragoza.

## Parte de Múzquiz a Gómez de Butrón. 1-I-1809 (Archivo Palafox. Archivo Municipal de Zaragoza)

Siendo de obligación à todo Comandante presentar a sus Gefes los servicios que en las acciones de Guerra practica(n) los individuos que lleva à sucargo (sic) considero ser de la mía que, pues siendo V. S. [Fernando Gómez de Butrón] el General à cuyas inmediatas ordenes me allé hayer en la accion ocurrida en la Puerta y Campo del Portillo mandando los quatro oficiales que expresaré y amas ochenta y cinco hombres montados de mi Regimiento de Numancia lo manifiesto ante V. S. aunque sucintamente por haber V. S. presenciado el todo de ella y así solo digo que.

Siego (sic) à la obendencia (?) inmediatamente recibí la orden de V. S. para atacar à los Enemigos que se hallavan emboscados en una gran zanja y sin reparar en los obstaculos que mediavan persuadiendome á que V. S. los havia previsto de ante mano y que sus conocimientos Militares le auxiliavan para conocer podian superarse mandé el ataque que se me havia ordenado á el que me siguieron todos mis individuos con el mayor valor, ardor, y Espiritu sin detenerse ninguno por el unico ¿estrecho? paso que ofrecia un Puente que apenas se pudo pasar á el otro lado de la zanja en donde estavan emboscados de á dos de frente, pero la orden ¿incinuada? y el deseo de llegar á las manos con los Enemigos, despreció todo y venció quanto pudo oponerse haciendo que en ¿excasos? minutos quedasen los Enemigos tan aniquilados q. no obstante el fuego y bayoneta con que se resistieron q. no quedó ninguno que

podiese contar el hecho. Omito otras Circunstancias por las razones que expongo pero me es indispensable recomendar á V. S. no mi merito, pues este está satisfecho con haver procurado llenar mis deveres, y siendo V. S. testigo presencial y mi inmediato Gefe es á quien toca graduarlo, pero si recomiendo á los oficiales que son el Teniente Dn. Felipe Luengo mi inmediato, el de la misma Clase Dn. Josef Alipi, el Alferez Dn. Josef de Cova (?), el Portaguion Dn. Bartolome Garrido, como igualmente á toda la tropa, pues todos cumplieron con mayor bizarría y valor, pero particularmente recomiendo á el Alferez Dn. Josef de Cova quien antes de la accion se tiroteó incesantemente con los Enemigos, y en ella le mataron estos el Cavallo á bayonetazos quedandose su Espiritu tan sereno que sin haver sesado (sic) el fuego despojó de sus arreos al cavallo muerto, se los dió a un Dragon montó en el Cavallo de este y continuó en la accion. Tambien recomiendo á el Dragon Geronimo Fernandez de la 5ª Compª que pasó el primero el Puente accion que denota Espiritu y sirvio de estimulo á los demas, y no obstante los trabajos que se ofrecieron para superar las dificultades solo tuve la perdida de un hombre muerto, seis Eridos, un Cavallo muerto, dos Extraviados, y quatro Eridos, todo lo qual pongo en noticia a V. S. para que si lo tiene á bien acompañado de su poderoso influxo lo Eleve á la consideracion del Excmo. Sr. Capitan General de este Exto. y Reyno. Zaragoza 1º. de Enero de 1809. Josef Muzquiz.



▶ LA NOTA:  
Parece que el autor seseaba. Escribe «siego» y «sesado» en el texto por ciego y cesado.